

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

AÑO XI *

BARCELONA 12 DE ABRIL DE 1900

* NÚM. 490

FIESTAS FRATERNALES

RECUERDO DE LA VISITA DE LA FRAGATA ARGENTINA «PRESIDENTE SARMIENTO» Á BARCELONA



Desde un polo hasta el otro resuena
de la fama el sonoro clarín,
y de América el nombre enseñando
les repite: —«Mortales, oid:
ya su trono dignísimo abrieron
las Provincias Unidas del Sud»,
y los libres del mundo responden
al gran pueblo Argentino: ¡Salud!

(Himno nacional argentino).

MIS MUJERES

ELENA

(CONTINUACIÓN)



STABA en aquel momento adorable la deliciosa criatura; tenía embobado; dijo el dulce apóstrofe con voz temblorosa, tan tierna, que la sentí resbalar mansamente, despertando extrañas delicias, por mis nervios.

La arrastré á la orilla, cogí su cabeza entre mis manos como para verle bien la cara al resplandor de la luna, y murmuré con acento apasionadísimo:

—¡Qué hermosa eres, Elena!

La luna se había remontado del todo: una claridad vivísima, de luz de alba se difundía por el ambiente, poetizando la noche. Del Cabo llegaba á nuestros oídos

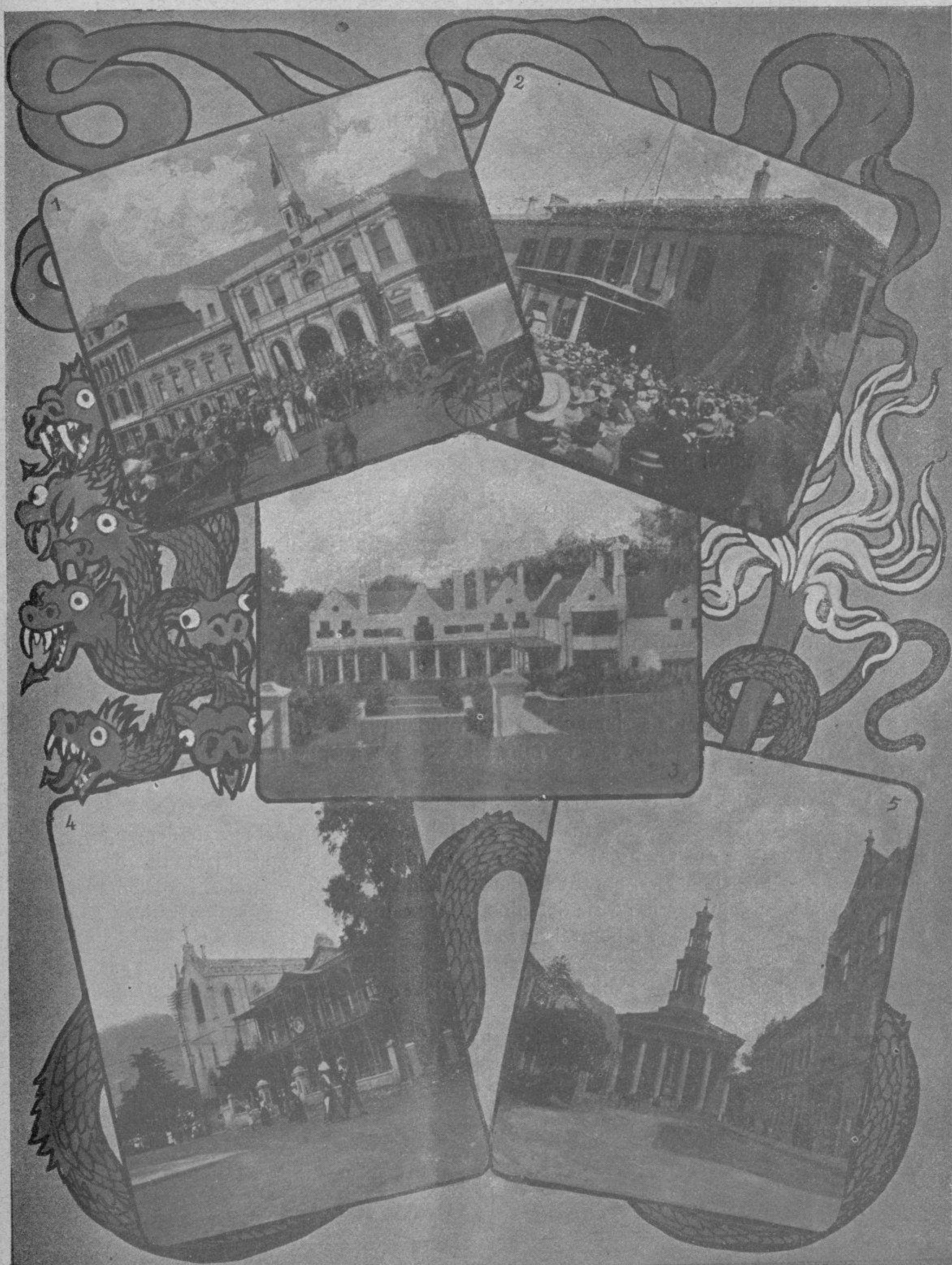
rumor de vida; doblándolo aparecieron dos ó tres lanchas pescadoras; se levantó la brisa alterando mansamente la plateada superficie; dos ó tres olas vinieron á desmayar en la arena; cogí una de sus manos y llevándola á mi boca estampé un beso ruidoso.

La tenía yo aún aprisionada, y hubiera dado cuantos tesoros hay en el mundo para conservar eternamente aquel roce finísimo de sus cabellos (que al tacto parecían vellones de seda), y de su aterciopelada piel; ardíanle las mejillas y el rojo iba llameándolas, de manera que, destruyendo su blancura de nácar, las sonrosaba, sus ojos atropellaban los míos, dilatándose traidoramente, relucíanle las pupilas como si hubiera un sol encendido detrás de ellas y me miraban con tal insistencia, que yo no podía resistir ya aquella mágica fascinación. ¿Qué buscaban, qué investigaban aquellos diablillos? ¡Oh! entonces mi pensamiento turbado no supo descubrir la ansiedad curiosa de un alma virgen para quien no había abierto el amor las páginas de su libro de oro. Más tarde, aleccionado mi espíritu por la dura experiencia del mundo, he podido sorprender, fijando mentalmente la actitud, el secreto de lo que ya por desgracia no era sino fantasma que vivía en los palacios ideales de mi imaginación. Elena no había hallado en el matrimonio su ideal de soltera, de joven. Aquel marido no era el hombre que esperaba, en quien creía: no era el mago que poblaba su mente de ensueños; no era el príncipe de los palacios azules con quien viven todas las doncellas antes de su monstruosa caída en la realidad. Sí, sí, la caída de Elena fué más horrible que la de otras mujeres; cómo si rodara despeñándose de lo alto del cielo.

Su tipo delicado, suave, dulce, tuvo que someterse por virtud de una ley reñida ordinariamente con la Poesía y con la Ciencia, á la torpe dictadura de otro tipo brutal. Su esposo, don Pedro Anglon Riquelme, era hombre de vulgarísima presencia. Lleno de figura. Mediano. Cara afeitada y ennegrecida por la sombra del pelo. Rechoncho. De frente estrecha. De ojos menguados, pequeñines. Muy poblado de cejas y muy vellosa la epidermis. Corto de palabra, defecto que agrandaba su profesión, la de comerciante, y Dios me perdone, pero adoraba más en su libro Mayor y en su libro de Caja que en su mujer; creo que prefería una conversación en el Círculo acerca de la cebada y de los granos que un palique galante con su esposa; ¿qué digo galante? Estas sí que eran puras matemáticas para el pobre rufián del amor, galeote de los números. ¿Cómo había de encenderse en aquel hogar la antorcha del cariño, que hace que se animen las almas en su peregrinación por la tierra? Pudiera encontrar don Pedro su pareja en una mujer hacendosa, fuerte, sanguínea, creada por la naturaleza para parir hijos; en Elena, delicada, flexible, casi transparente, nó.

Cuando yo conocí á Elena era verdaderamente un niño. Cómo fuí á su casa, cómo entré á formar parte de su familia, no vale la pena de explicarlo; son pormenores que no importan para la narración. Hacía año y medio que vivíamos juntos, que nos íbamos acostumbrando á la familiaridad, á la unión. Era yo una criatura; pero ella también. Pareció, cuando entré en su casa, que había caído allí un hijo... un hijo grande, un hijo que no recuerda haber

GUERRA ANGLO-BOER



EN LA CIUDAD DEL CABO

1. El pueblo acudiendo á la Casa Municipal al saberse la noticia de la liberación de Ladysmith.—2. El Gobernador de la Colonia, Alfredo Milner, comunicando á la multitud la fausta nueva desde su palacio.—3. Residencia de Cecil Rhodes, en Rombosch, cercanías de la capital.—4. La iglesia Católica.—5. Catedral de San Jorge, iglesia Protestante

La Saeta

alumbrado la madre y que no se ha visto crecer. Llegué, noche oscura ya, acompañado por su marido; el señor Anglon Riquelme tenía no sé qué atenciones que cumplir; no cenó con nosotros; estaba yo un poco triste, no huraño, pero sí retraído: y no sé si porque cortaba mi presencia la monotonía de aquella casa, ó por sugestión afectuosa, al poco rato Elena y yo parecíamos los mejores amigos del mundo. ¡Qué juegos, qué alegría loca en nuestro trato, desde entonces! Dijérase que Elena no había sido nunca jamás tan criatura, tan niña como en aquellos breves y fugaces años de mi existencia. Recuerdo un detalle chusco. Un día su marido trabajaba en el despacho y alborotábamos en la sala nosotros. De repente vino á turbar nuestra alborozada alegría la figura de don Pedro.

—Esto parece un infierno: todos los diablos andan sueltos aquí... no me dejáis trabajar.

Yo era tan niño, tan niño, que medio me amparaba de las faldas de Elena para esconderme.

—No te alborotes, ¡caramba!, no te alborotes... esas cosas las podías hacer cuando estamos acostados todos. Es la primera vez que se te ocurre trabajar en casa y á estas horas.

—Y es la primera que...

—¡Qué!...

—Ya sabes que me gusta transigir, Elenita. Sé cuerda. Ya veo que ese chiquillo te saca de tus casillas. Conforme; desgraciadamente yo no he sabido darte otro. Bueno, ¿por qué no os vais por ahí, de paseo?

—Sí que nos vamos; por no verte esa cara de ogro, soy capaz de irme á la otra parte del mundo.

Y aquella tarde, un atardecer poético, fuí formal por primera vez en mi vida; creo también que fué la primera en que estreché con ternura de hombre una mano delicada, en que dejé de ser niño, y amé, sin explicármelo, á la mujer en la figura dulcísima de Elena.

*
**

Pues aquella noche, sintiendo que su ser *penetraba* en el mío con vibraciones nerviosas transmitidas por sus pupilas, llena mi alma de idealismo loco, abandoné su cabeza, dejé caer mis manos y cogí las suyas. Dije:

—Oye, Elena: hablemos seriamente. Aquel niño, aquella criatura que entró en tu casa cuando tú podías ser su madre, está ya muy lejos de los dos, de ti y de mí. El tiempo, implacable, se lo ha tragado.

—Dí, sigue, sigue.

—La ansiedad que se refleja en tus ojos, y que descubren tus palabras, confirman mi pensamiento. Tú quieres que sea hombre... y lo soy: quieres que sea al mismo tiempo para ti diferente á los demás hombres, porque los has conocido demasiado grandes. En el hombre ese con que tú sueñas continúa la poesía del niño, con su inocencia, con su ingenuidad, con su idealismo religioso... oliendo á naturaleza todavía.

—Sí, sí.

—A no ser por tus ruegos y tus caricias, es posible que yo no hubiera crecido tanto... en



Espectáculos públicos.—Entrada gratis

estatura moral. Sería un grandullón, sería... un *chiquillo*, aunque de diferente manera á como lo soy ahora para ti. Escúchame bien, Elena, quiero ser enteramente franco. Tú eres hermosa; tú eres preciosísima criatura; tú eres un hermoso ensueño para mi alma soñadora; tú eres... un imposible para mí. Eres tú una rosa que abre el capullo y perfuma mi existencia; eres tú para mí más que la virgen inmaculada; eres la hembra hecha y derecha, que no ha perdido aún su aureola brillante. Te quiero; es posible que cuando yo sea viejo, y haya perdido todas mis ilusiones, siga queriéndote con la fuerza con que ahora te desharía en mis brazos. Este es el idilio de mi vida, y también el de la tuya. Yo quiero conservar la poesía de esta noche por siempre jamás. ¿Y tú?

—Yo también.

—Bendita seas. Has dicho que el hombre es tu enemigo. No quiero serlo. Recuerda al niño en tus horas amargas, y ese recuerdo será un engaño no desengañado. ¿Qué sería yo para ti? Tu amante. Los años no pasan en balde por nuestras cabezas. Dentro de poco, cuando yo esté en la fuerza de mi juventud, comenzarás á declinar por la pendiente de la existencia. Renuncio al cuarto de hora, á la felicidad del momento, para que no seas tú desgraciada después.

—El instinto me dice que eres tonto. Ya ves si soy franca. El alma me dice que tienes razón. Seamos niños. Para ser felices hay que ser niños, niños siempre.

—¿Ni una palabra más?

—Ni una.

—Un beso.

—Mis brazos.

Nos estrechamos con vehemencia inusitada; creo que nunca he dado un abrazo igual. Después, cogidos de la mano, seguimos corriendo por la orilla de la playa, oyendo el ritmo del Océano, á la luz de la luna llena, hasta la casita blanca, donde nos aguardaba el esposo, el comerciante, la figura ruín, la realidad espantable, pero ineludible.

J. F. Luján



Con las manos en la masa



—Rica de mi alma... Eso: rica, y estoy sin un céntimo. ¡Qué oportunidad de piropo!

cogió una astillita tan distraídamente que se quemó los dedos. El era así. Siempre tomaba las cosas por donde quemaban. Y, claro, al sentir el escozor, soltó una retahila de interjecciones sonoras, de las que tenía gran acopio, prodigándolas á granel.

De pronto, hizo saltar á mi abuelo un grito de mi madre, lanzado por el dolor que á ésta le producía el llamamiento de un nuevo ser á las puertas del mundo. La frase es cursi, pero decente. No quiero decir con crudeza que mi madre iba á parir.

Mientras mi padre corría á la alcoba de donde salió el grito, mi abuelo comenzó á palmo-tear alegremente, diciendo:

—¡Puñales! ¡Ya está ahí mi nieta!... Porque ha de ser nieta, cascajo. ¿No te parece?

Me lo preguntaba á mí, á su nieto de cinco años que le daba la razón en todo por miedo.

Vino mi padre y dijo que «la cosa» iba de veras.

—A ver, Rosa, gritó mi abuelo despertando á la criada. Vístete en seguida... Corre á avisar al médico, á la nodriza, á mis parientes, á los vecinos .. á todo el mundo... Pero ¡puñales! ¿aún no estás vestida? Vamos, mujer, date prisa... ¿Aún nó? ¿Querrás que entre yo á vestirte, cascajo?...

*
**

Poco después la casa era invadida por la gente. Todos estaban en movimiento; iban, venían, tropezaban, se escurrían, todos creían servir de algo, sirviendo en realidad de estorbo.

Fruto de bendición

¡Vaya un frío el de aquella noche! Un frío «que hacía pensar con gusto en el matrimonio», según la frase favorita de mi abuelo. Desde que éste enviudó todo le hacía pensar con gusto en el matrimonio... pero nunca se atrevió á reincidir.

La noche á que me refiero, huyendo del frío, nos refugiamos en la cocina, mi abuelo, rico labrador, de carácter irascible; mi padre, empleado del Gobierno, que le daba doce mil reales con descuento, y yo, que tenía cinco años, con descuento también. No cuento á mi madre porque estaba «fuera de cuenta» y se acostó temprano.

Grato calorcillo nos prestaban los troncos que ardían en la chimenea. Llovía; el agua, cayendo á chorros desde los aleros, rebotaba sobre las losas de la acera, produciendo un ruido monótono que nosotros oíamos... como quien oye llover. Mi padre comenzó á leer un periódico. Mi abuelo lió su cigarrillo y para encenderlo

Cada vez eran más agudos los gritos de la paciente; mi padre paseaba á largos pasos por la cocina y mi abuelo se revolvía entre la gente, gritando, empujando, dando órdenes, queriendo estar en todas partes. En un rincón de la sala, acurrucado entre dos sillas, sin que nadie se acordase de mí, me hallaba yo, haciendo pucheritos al oír las quejas de mi madre y mirando con asombrados ojos aquel revoltijo inusitado.

Salió el médico de la alcoba, después de reconocer á mi madre, y le acosaron con infinidad de preguntas, siendo las de mi abuelo las más impertinentes.

—Doctor, ¿le parece que le demos á comer unas chuletas?

—No tengo muchas ganas... pero, en fin...

—¡Puñales! Hablo de mi hija. Como necesita fuerzas para salir del paso... Le daré unos huevecitos pasados por agua, ¿eh?

—Su hija no debe comer nada absolutamente. Nada.

—¡Nada! ¡Nada!, refunfuñaba mi abuelo remedando al doctor. ¡Qué casajo! Un par de huevos creo no le sentarán mal. Porque, y es lo que yo digo: cuando el médico prohíbe una cosa... bueno será.

Ya se dirigía mi abuelo á la cocina para cocer él mismo los huevos, cuando volvió de pronto y tirando de los faldones de la levita al médico, le dijo:

—Supongo que «la cosa» no presenta dificultades.

—Nó. «La cosa» marcha bien. No creo que haya necesidad de recurrir al *forceps*.

—Forceps... Forceps...—murmuró mi abuelo por lo bajo:—¿Quién será ese Forceps?

—¡Puñales! Si es preciso... *recurriremos*. Yo deseo una niña. Diga usted, doctor, ¿será niña?... No me diga usted que nó... No me diga que nó...

—Entonces, le diré que sí...

Y con esta esperanza infundada se puso tan alegre que, bromeando, le dió un golpe en el vientre al doctor, quien dobló el espinazo, haciendo una profunda é involuntaria reverencia á mi abuelo. Este se dirigió saltando á la cocina. ¡A preparar el par de huevos! Iba murmurando:

—¡Puñales! ¡Todo esto «hace pensar con gusto en el matrimonio!»

Luego mi padre cogió por su cuenta al doctor y comenzó á darle consejos, á hacerle advertencias para facilitar el parto. ¡Y se lo decía á un médico! Este sonreía y callaba, escuchando con bondad todas las tonterías de la familia. Era padre también.

Al poco rato se presentó mi abuelo con el par de huevos en un plato; pero un grito desgarrador de mi madre le aturrulló de tal modo, que quedaron hechos: el plato, añicos, los huevos, tortilla, y mi abuelo una estatua.



—Mi ausencia durará más de lo que yo había previsto. Consuélate y... Nó, si la ausencia es lo de menos: lo malo es... A ver, prosigamos.

La Saeta

El doctor atravesó con gravedad la sala; penetró en la alcoba, y cuando ya estaba auxiliando á la paciente, oyó la voz de mi abuelo que gritaba:

—Doctor... ¡quiero una niña!



Todo el mundo esperaba con impaciencia que el nuevo ser tuviese á bien asomar el hocico.

Nadie osaba respirar; nó por temor de que el ruido molestase á la paciente, sino por miedo á mi abuela.

Una mujer tuvo la desgracia de que se le cayese al suelo la silla. Mi abuelo montó en cólera, pero sin pronunciar palabra cogió la silla en una mano y un brazo de la mujer en la otra; llevólas á la cocina, pidió una cuerda y con la mayor seriedad iba á atar la silla á las posaderas de la infeliz mujer, pero como ésta comenzase á alborotar fué echada á la calle sin consideración.

Un individuo tuvo la osadía de querer realizar un acto inaudito... ¡Iba á estornudar! Vió mi abuelo cómo aquel buen sujeto contraía los ojos y entreabría la boca para llevar á cabo el estornudo, y con rapidez le metió el puño en la boca... El estornudo abortó.

Todos reían por lo bajo de las exageraciones de mi abuelo.

Como «la cosa» tardaba más de lo que mi abuelo deseaba, entreabrió las puertas de la alcoba y dijo:

CARTA SUYA



—Doctor, ¿quiere usted que recurramos al señor Forceps?

El médico soltó la carcajada.

Un grito, el más agudo de todos, el último que profería mi madre, heló la sangre en las venas á mi abuelo. Se oyeron pasos precipitados en la alcoba, luego un suspiro de satisfacción, luego la voz del doctor que decía:

—¡Es una niña!

Y el puñetazo que, por la alegría recibida, dió mi abuelo al que tenía más cerca, fué soberbio.

El doctor, entreabriendo la alcoba, añadió:

—Ha salido como una seda.

—¿Tan delgada es, casajo?, —preguntó mi abuelo.

—No, es robusta. Digo como una seda por la facilidad del parto.

Entraron en la alcoba mi abuelo y mi padre; y á nó ser porque mi madre, ¡madre al fin!, preguntó por mí, embutido entre las dos sillas hubiera pasado la noche, haciendo pucheros y sorbiendo las mucosidades que descendían de mi nariz.

—Los negocios presentan muy mal cariz... ¡Mal cariz!... A quién se lo cuenta...

Lo primero que hice, cuando me presentaron á mi hermanita, fué meterle los dedos en los ojos para obligarla á que los abriese.

—¡Puñales!, gritó mi abuelo; métete la mano donde te quepa.

Y mirando á las personas mayores, añadió picarescamente, riendo su propio chiste:

—A las mujeres no hay necesidad de *abrirles los ojos*.

Luego me abrazó con cariño, me sentó sobre sus rodillas, junto á la recién nacida, y dirigiéndose al doctor, le dijo mientras nos acariciaba:

—¿No es verdad, doctor, que estos mocosos «hacen pensar con gusto en el matrimonio?»

—Y usted, que es viudo hace veinte años, ¿por qué no se ha casado?

—¡Puñales! Porque entonces... ya no hubiera pensado con gusto en el matrimonio...

A. SERRA CUBELLS

REDIMIDA

I

Sala alfombrada. Una camita-cuna; al lado una gran canasta con mucha ropa de niño, como acabada de secar. La criatura duerme mecida por Fulgencia, mujer guapa de treinta años. Entra Antonio, galán de 29 años, petrimetre presuntuoso, con muchas sortijas en los dedos.

CARTA SUYA

Antonio. —¿Cómo estás?

Fulgencia (*displaciente*). —Bien... ¿y tú?

Antonio. —¿Yo? Tan campechano... En disposición de admirar tu belleza. ¡Mira que eres bonita!

Fulgencia (*irónica*). —¿Sí, eh?

Antonio. —Más que nunca. Hay hembras, y hembras. Decididamente eres tú una de las superfinas, *bocato di cardinali*... superior.

Fulgencia (*agresiva*). —¿Tal...mente?

Antonio. —Sí, señora, sí: he visto yo á otras reciénparidas, demacradas... hasta feas. Parece que á ti el alumbramiento te ha traído salud; parece más: que ha puesto colores en tus mejillas, sangre en tus venas, carne en tu cuerpo hermoso...

— **Fulgencia.** — Y parece también que hablas casi... casi como mi marido.

Antonio (*estúpidamente*). —Casi... casi...

Fulgencia. —¡Mentira!



—Con dificultad he podido realizar algunos pequeños cobros... Como quien dice Arréglate como puedas. ¡Es un monstruo!

Antonio. — ¿Mentira, dices? ¡A ver! ¿De quién es ese hijo?

Fulgencia (*poniéndose en pie, con soberano é indescriptible gesto de soberbia*). — Mío.

Antonio (*burlón*). — ¿Tuyo?

Fulgencia (*agarrándole nerviosamente por un brazo*). — Mío; ¿lo oyes bien? Mío, y muy mío. Mío, mío y remío... ¡y si te atreves, dispútamelo! Eres... eres... eso, un canalla; eso, un canalla, y el hombre que es... eso un canalla, no puede ser hombre... Es eso, un canalla. Si alguna duda tuviese está resuelta. Tú no eres padre. Nó, nó.

II

Despacho de un médico.

Martin Goltrau lee atentamente medio recostado en una marquesita. Es alto, fuerte, bien proporcionado, de facciones varoniles, severas, un poco duras. Frisa con los cuarenta. Lleva barba negra, abundante, espesísima. Se asoma Fulgencia á la puerta de la habitación, detiénese vacilando breves segundos, y por fin pasa resueltamente.



—A pesar de todo, mañana recibirás un pliego de valores declarados con mil pesetas... ¡Ah!

Fulgencia. — ¿Me permites?

Martin (*levantándose*). — ¿Cómo nó? Pasa, pasa.

Fulgencia. — Perdona que te robe un poco de tiempo á la meditación y al estudio.

Martin (*cogiéndola por la cintura y sentándola con mimo junto á sí en el cómodo mueble*). — ¿Quieres callar? Verdaderamente, soy incorregible. Un hombre como yo no debería casarse nunca. Tengo la mujer más hermosa del mundo, la más amable, buena y dulce, y hé aquí que la abandono, que sacrifico su trato y su compañía á la atención de estos librotes. Muchas veces me digo: Martín, tú eres un estúpido.

Fulgencia. — ¡Por Dios! Vengo... lo que me obliga á importunarte... los serios motivos que...

Martin (*sonriendo bondadosamente*). — ¡Uf, qué cara! Se te descubre, hija, se te descubre la intención. ¡Parece mentira! Tan diplomáticas como sois las mujeres para estos negocios. ¿Qué va á ser? ¿Una gargantilla? ¿Un aderezo? ¿Un billetito de mil pesetas para tus pobres? ¿Trapos? ¿Los zapatitos nuevos para el nene?... Y á propósito, ¿cómo está? ¿Tan quietecito, hecho un bajá de tres colas en su cuna, nó?

Fulgencia. — No es nada de eso. El niño está bien, no te alarmes. Necesito hablarte con mucha formalidad (*resueltamente*). Con mucha formalidad.

Martin. — ¡Calle! ¡Pues la cosa va de veras! No había reparado; estás agitada, inquieta; en tus ojos hay señales de lágrimas: veamos ese pulso (*tomándose lo*). ¿No lo dije? Algo de fiebre. ¿Los nervios, otra vez esos pícaros nervios, hijita?

Fulgencia. — Más grave, más grave... El corazón.



—¡Mil pesetas!... Pobre chico... ¡Es un ángel!

(Pausa. Martín Goltrau, lívido, desencajado, mira un momento á su esposa con estupor indescriptible. Después se retira lentamente caminando hacia atrás; llega hasta el sillón de su mesa, y se deja caer en él como desplomándose y rompiendo en sollozos).

Fulgencia.—Tú eres bueno, Martín; si yo hubiese sospechado, que había de llegar este trance... Pero yo no sabía lo que es un hijo; yo no tenía ningún hijo que me amparase y me protegiese: yo daría cien vidas por ser honrada para mi hijo.

Martín (como si no entendiera bien). ¿El hijo? ¿Has dicho el hijo?

Fulgencia.—Sí, el hijo: ¡inocente criatura! De mí no te compadezcas, nó, pero de él sí.

Martín (acercándose á su esposa).—Una palabra. ¿Y el niño... ese hijo...?

Fulgencia (con entereza).—Tuyo, tuyo, tuyo. Eres su padre.

III

La misma habitación. Fulgencia, viendo entrar á su esposo con el brazo en cabrestillo, cae desolada, de hinojos

Fulgencia.—¿Te has batido?

Martín.—Nada; un pinchazo... ¿Y... él? ¿No me preguntas por él?

Fulgencia.—¿El, qué me importa? Le odio.

Martín.—Dios manda perdonar á los muertos.

Fulgencia (cubriéndose la cara con movimiento de espanto).—¡Oh!

Martín.—Levanta, mujer; ya estás redimida.

Martín.—¿El corazón? Aprensiones.

Fulgencia.—Nó, aprensiones, nó: el corazón, la conciencia... no me interrumpas; déjame que te lo diga sin respirar, así, cerrando los ojos... Voy á causarte mucha pena, mucha pena; pero tú eres muy bueno y me compadecerás, y... nó, perdonarme nó; yo no merezco que me perdones; castigarme sí, castigarme, y fuerte y duro, porque soy muy mala.

Martín (mirándola con ojos estúpidos, de asombro).—¿Pero qué dices, criatura? ¿Qué lenguaje es ese? ¿qué geoglífico es ese?

Fulgencia (llorando, oculto en las manos el rostro).—No puedo más; he vacilado mucho, pero no puedo más con ese secreto que me ahoga, con el remordimiento que me muerde en las entrañas. Todo lo has de saber.

Martín (levantándose).—¿Todo? ¿Y qué es todo? ¡Ay que si es...! Nó, cállate, no lo digas. Prefiero la mentira, la falsedad. (*Fulgencia solloza*). ¿Tú...? (*sacudiéndola violentamente*) ¿es posible? ¿tú?

Fulgencia.—Sí.

RESOLUCIÓN HEROICA



UANDO la Arrendataria nos anunció que el tabaco, en aras de eso que creo que se llama la regeneración, iba á costarnos un ojo de la cara, dirigí instintivamente una triste y suplicante mirada á mi petaca, y le pregunté:

—Ya lo has oído. ¿Qué hacemos?

La pobrecita, adivinando mis apuros y conociendo, por su vecindad con mi portamonedas, la delicada situación en que iba á encontrarme, me respondió con mucho brío:

—Hay que defenderse.

No me desagradó el consejo. Defenderme... muy bien; pero ¿cómo?

—¿De qué manera me voy á defender? Con un coloso del tamaño de la Tabacalera, ¿crees tú posible la lucha?

La petaca se echó á reír.

—Acuérdate del aforismo: «No hay enemigo pequeño.» Además, aquí no se trata de levantarse en armas contra la Compañía de Tabacos ni de intentar acto alguno de fuerza.

—Pues entonces...

—Entonces... dispensa, hijo; pero por las señas, eres aun más romo

que yo. ¿Quieres atenderme y verás cuán bonitamente sales del paso?

—Soy todo oídos.

Y me dispuse á escuchar, pensando que si los gansos salvaron el Capitolio, bien podían las petacas salvar al fumador.

—Lo primero que debes hacer,—continuó diciendo mi consejera,—es *menegildear* un poco.

—¿Y cómo se hace eso?

—¿Tú has visto la *Gran-Vía*? ¿Te acuerdas de la criada, que después de consultar con su conciencia,

aprende á sisar?

—Ya lo creo: aquella que fué tan mañosa, que al cabo de un año...

—La misma. Pues bien: imita á la Menegilda y haz lo que ella: sisa todo lo posible.

Aquí el que se echó á reír fuí yo.

—Pero ven acá,—le dije, empezando á sospéchar si al comparar una petaca con un ganso habría ido demasiado lejos;—¿qué quieres que sise? ¿Olvidas que nuestro asunto es el tabaco?

—Precisamente: tabaco es lo que debes sisar.

—¿A quién?

—¿A tí mismo, hombre! ¿Cuántos cigarrillos fumas ahora diariamente? ¿Quince? Redúctete á diez. ¿Veinte? Fuma quince. Ese es el *menegildeo* que te propongo.

La sabiduría del consejo me reconcilió con la petaca.

—¿Sabes que eres de la piel del diablo?

—¿Por Dios!—replicó ella algo ofendida:—habla con más respeto del imperio que rige Nicolás II. Soy piel de Rusia.

—Es verdad, dispensa. De todas maneras, lo que me propones no me parece muy eficaz. Decir: en vez de doce cigarrillos fumaré seis, es muy fácil, pero ¿cuán penoso y difícil ha de ser el cumplirlo! Sobre todo, llevando la petaca llena.

—Y la fuerza de voluntad ¿para cuándo la guardas?

—Y la fuerza de la costumbre ¿dónde me la dejas?

—Querer es poder. Hazte el firme propósito de no salirte del límite fijado. ¿Han de ser diez pitillos? Pues al llegar á este número, me cierras... y hasta mañana.

—Pero, coque uela, si tú serás la primera en venir á decirme al oído: «Vamos, no seas cicatero... Once, diez... tanto monta. Anímate... ¡Por uno más!..»

—Te juro que nó.

—Y tropezaré con un amigo que me ofrecerá otro.

—Eso es lo de menos. No costándote á tí nada, ¿qué te importa?

—¿Eres de la piel...

—De Rusia. No volvamos á las andadas.

Con todo eso, el rayo de luz que buscábamos no parecía por ninguna parte.

—¿Maldita sea la Tabacalera!—dije yo impaciente y nervioso.

—¿Lo que adelantas con esas palabrotas!.. No seas majadero: piensa que el tabaco es humo y decídete de una vez.

—¿A qué? ¿A limitar el consumo? Confieso mi debilidad: no me siento capaz de semejante sacrificio.

—Entonces tu conflicto sólo puede resolverse de una manera. Creo que es san Agustín quien lo dice: «Huye de la ocasión y te librarás del pecado.»

—¿Cómo?

—Haz un esfuerzo supremo... y deja de fumar.

—¿Teniéndote á tí, tan linda, tan perfumada, tan seductora?... ¡Nunca!

—¿Qué! ¿No osas quemar tus naves?

Fué una revelación. ¡Quemar las naves! ¿Cómo no había dado antes en ello?

Sentíme Hernán Cortés, cogí la petaca... y la arrojé al fuego con satánica alegría.

Por cierto que, fuese ó no de la piel del diablo, al consumirse olía á demonios.

Así he resuelto el problema tan á deshora planteado por la Arrendataria.

Huérfano de petaca, no puedo tener tabaco.

Y no pudiendo tener, naturalmente, no lo compro.

En cuanto á fumar... si un amigo me ofrece un pitillo ¿voy á desairarle?

Lo que la *interfecta* decía:—No costándome á mí nada...

ADOLFO PALMA



--No alarmarse: si no sale el sol, salgo yo. ¿No viene á ser lo mismo?

REUTLINGER

mavera, y esa pícara señora no ha acudido á la cita.

—¿Si me habré equivocado de clima?— parece que pensaba.

La verdad es que los almanaques han hecho en esta ocasión como todos nuestros políticos:

Señalar mal tiempo.

Prometer y no dar.

En una palabra: hacer verdaderos calendarios.

La Primavera está anunciada oficialmente, pero yo todavía no le he visto el pelo.

Es más, todavía no he podido dejar el constipado que atrapé con las primeras brisas otoñales.

Si quieren ustedes creerme, aunque vean que abonanza, no pongan ustedes buena cara al tiempo.

▲ Porque á lo mejor, cuando parece que ya se ha largado el invierno, viene una ráfaga fría ¡y zás! Pulmonía doble.

Lo menos ¿eh? ahora con eso del dengue las pulmonías resultan triples.

Este año está visto que nos quedamos sin Primavera.

¿Si se la habrá medido también Villaverde en el bolsillo?

CLAUDIO UGENA

¡Pícara

[Primavera!

HAN llegado las pardas golondrinas. Yo las he visto ya.

O mejor, la he visto. No era más que una la que revoloteaba hendiendo el aire con visible contrariedad, como si extrañara el horizonte, la luz, la atmósfera.

Y había para eso y mucho más; hasta para volverse uno loco, si es que un pájaro tiene razón que perder, y teniéndola, la pierde tan fácilmente como cualquier poeta de la vecindad.

El caso no está bien probado, pero es verosímil; hay presunciones que justifican la hipótesis, puesto que las golondrinas son... la mar de poéticas, y á creer en la tradición, la mar de cristianas.

Por lo menos *sienten* la Primavera mejor que esa cáfila de vates ripiosos que todos los años se desatan *contra* la bella estación, disponiendo de las auras y de las flores como si las tuviesen en el puño.

La golondrina de que hablo es ejemplo que no me dejará mentir.

¿Saben ustedes la causa de sus vuelos extraños, de su alarma, de su pasmo, de su asombro, de su pena, de su inquietud, de lo que fuese, en fin?

Pues que le ha pasado como á los Polaviejas y á los Paraísos que buscan la regeneración donde no está.

La golondrina ha venido buscando á la Pri-

¿Han de pagar también estas beldades el nuevo impuesto sobre utilidades?

Cañitas

LA MUJER Y EL TABACO

I

¡Qué bonita, qué bonita
es la idea que sustento;
formar de los enemigos
mis mejores compañeros!...

II

Las florecillas del campo
al verte, mira qué dicen:
—Ojalá que nos cogieran
para adornar á esa Virgen...

III

Un cariñito que tuve
se lo llevó Dios al cielo,
por eso yo no soy malo
porque al morir quiero verlo...

IV

Dios para cierta misión
mandó á Sevilla á San Pedro,
y el Santo les dejó allí
una sucursal del cielo...

V

Mira tú lo que quisiera,
morena de mis fatigas,
que el alma que Dios te ha dado
fuera espejo de la mía...

VI

Sólo pido á Dios, serrana,
que seas tú lo primero
que vea por las mañanas...

J. ENRIQUE DOTRES



CANTARES

I

El amor que te profeso
no lo puedo describir;
pues si yo te lo contara
aprenderias á sufrir.

II

Tú me dijiste que nó,
yo á los ojos te miré,
y los ojos me dijeron:
¡cómo miente esta mujer!

III

Quisiera hacerte llorar,
para tener el gustazo
de beber tus lagrimitas
en la palma de mi mano.

JOSÉ BORRELL



Regalia superior



Veguero imperial

ENTRE mis apuntes encuentro hoy una *Crepuscular*, que da... el soneto. El soneto es la crepuscular de Blanco Belmonte. Digo, nó; la crepuscular es de Belmonte, y el soneto también, y todo ello... un crepúsculo triste, confuso, apagado, como de día tormentoso y con muchos truenos, ó sea con muchos consonantes. Consonantes, precisamente, no tiene más que catorce, pero parecen dobles por el ruido que meten; y así como el soneto no es crepuscular sino por el título, la crepuscular no es soneto sino porque «catorce versos dicen que es soneto.» Pocas veces se habrá aplicado con tanta exactitud la célebre definición. En ese crepúsculo, y nó de los dioses, de Blanco, no faltan bellezas: hasta se ve una pupila áurea de Dios, que habrá puesto á San Pedro nervioso; porque no se sabe cómo se las compuso el poeta para subir á la gloria, burlar la vigilancia del portero sublime y volverse á la tierra con tamaño tesoro. Al hacer el recuento en la joyería celestial será ella; no doy por la salvación de Belmonte ni un perro chico. Es verdad que por allá ya saben cómo las gastan los poetas, y en cuanto llegan les ponen grillos á la imaginación.

Otros *grillos*, pues aquí en la tierra, grillos no les faltan.

Dice Belmonte *atardeciendo*:

«Bello siempre es el sol cuando rutila—rompiendo de la niebla el blanco velo;—bello siempre es el sol..»

Doblemente siempre bello, ¿nó? Esas sí que son matemáticas del espacio. Además, el sol rompe rutilando, en lo cual lleva ventaja al poeta, que con todo y ser otro sol en cuanto poeta, rutilante y todo, no ha podido romper la niebla que su estro obscurece.

«Bello siempre es el sol cuando en el cielo—luce como de Dios la áurea pupila.»

Creerán ustedes que no pueden decirse más bellezas del sol, después de haber doblado la eternidad; pues aún es más bello el sol de otra manera, y además de ese *siempre* pareado.

«Pero es más bello el sol cuando escintila—su albor naciente en matinal desvelo,—ó cuando en brazos de crespón de duelo—muere en la tarde plácida y tranquila.»—Sí, el sol es bello al alborar el día, al caer el día, en la



Breva suave



Colorado maduro



Peninsular



¡Un pitillo!

Violante que valga: el soneto está ahí... pero... pero señores, francamente, sin alma; y un soneto sin alma es... es... un soneto crepuscular.

mitad del día... á todas las horas del día y de la noche, aun cuando esté nublo, que es cuando los serafines se llevan la pupila áurea para fregarla y dejarla bien reluciente: toda esa hermosura está comprobada; lo que no entiende Cristo, es cómo escintila el sol su albor naciente en matinal desvelo, ni qué diablos de mitológica figura es ese crespón de duelo que tiene brazos, y va y se los tiende piadosamente al sol para que se muera en la tarde. Se conoce que Belmonte no madruga, porque si madrugara, seguro que no escribe la crepuscular: le habría tocado algo del matinal desvelo de su padre Apolo.

—«¡Bello es vivir! La vida es luz radiosa (*¿otra pupila áurea?*) ¡Bella es la juventud esplendorosa! (*Perdón, también hay juventud decadente, intelectual, ária y con otros motes de cuyo esplendor forzoso es reirse*). ¡Bella la edad viril! (*¡Hombre! Pues diga usted que todo es bello, doblemente siempre bello, y acabamos de una vez*)... Mas, por fortuna, como el sol (*¡ay, y yo que creía que había usted despachado ya con ese caballero!*) la existencia es más hermosa—en la vejez, al borde de la fosa,—ó en la infancia feliz junto á la cuna!»

Protesto: de la vida que he pasado junto á la cuna, no me acuerdo palabra; pero por lo que veo en los chiquillos que lloran mucho, y cuando no rabian patalean, amén de los azotes que reciben de añadidura, no debe de ser muy dichosa. En la infancia feliz la vida es muy húmeda é incómoda, y lo demás pamplinas de poeta. De la vejez también ignoro las venturas inefables, pero digo desde ahora que está mejor el viejo junto al hogar, sobre todo en invierno, que junto á la fosa. Esas filosofías crepusculares son de un gusto muy dudoso. Belmonte no cree en ellas, seguramente; la cuestión es escribir un soneto, á salga lo que saliere, y esa es tarea fácil. Voy á dar la receta en dos palabras: se cogen catorce rayas cortas, se le ponen punta, se rellena el resto de soles, bellezas, rutilantes astros, juventudes esplendorosas, etc., etc., y ya está. Ni hay aprieto, ni hay

CLAK

DESPUÉS DE LA AUSENCIA

¿Qué importa, dí, que se oscurezca el cielo
como en la noche tenebrosa y fría;
y tienda en derredor su negro velo
la luz sorbiendo del naciente día,

si con más resplandor luego aparece
el sol entre las nubes sonriente
y con la luz que lanza refulgente
las oscuras tinieblas desvanece?

¿Qué importa, dí, que el mar alborotado
con rugido espantoso atruene el mundo,
y quiera sepultar en lo profundo
las naves que á surcarle se han lanzado,

si el capitán impávido y experto
de tal modo dirige su navío
que, burlando el furor del mar bravío,
logra llegar al anhelado puerto?

¿Qué importa, dí, que por rigor del hado
lejos me viera yo de tu presencia,
y en la inquietud y en el dolor pasado
sepultara los días de la ausencia,

si ya otra vez por mi dichosa suerte,
logro al fin disfrutar tu compañía,
y al hermoso recuerdo de otro día
calmar mis penas y volver á verte?

VICENTE RUÍZ CARRUANA



Esta chica no sabe
la copla antigua.

«Quien se tapa lo buero,
Dios se lo quita.»

ÍNTIMA

Rodando en la corriente de los años
la juvenil edad del hombre pasa,
y el tiempo lleva en sus inquietas olas
las flores de la vida deshojadas.

Yo perdí ya esa edad de rosa y oro,
de vanas ambiciones insensatas,
y hasta de la memoria del pasado
olvidé ya la inútil remembranza.

Yo dí á la juventud mi adiós postrero
sin pesar ni dolor; porque en mi alma,
yermo jardín, aun yergue su corola,
una flor, cuyo aroma me embriaga.

Hace dos años que se abrió el capullo
de esa rosa gentil, fresca y lozana,
de esa flor, que ni el sol ardiente mustia,

ni el cierzo frío con su aliento mata.

Pasó mi juventud; ¡nada me importa!
conservo de esa edad esta flor mágica,
que hace reverdecer mi edad presente
con otra primavera inesperada.

Conservo yo esta flor, cuyas raíces
ocupan todo el sitio de mi alma,
perpetua flor, que nada más la muerte,
quitándome la vida, me la arranca.

Pasó mi juventud; ¡nada me importa!
porque tú vives, porque tú no pasas,
porque eres el amor de mis amores,
porque consigues, hechicera maga,
que brote para mí otra primavera,
al golpe milagroso de tu vara.

JACINTO LABAILA

HABLEMOS DE ESO

Eso, ya puede suponerse, es el tabaco, elevado hoy á la categoría de *cuestión palpitante*.

El tabaco es una de las pocas calamidades cuyo origen no se pierde en la noche de los tiempos.

Su introducción en el mundo civilizado se debe á... ¿A quién puede deberse, tratándose de una calamidad? A España.

En efecto: cuando Colón llegó á América, halló establecida entre los naturales la costumbre de fumar las hojas de una planta, que en sus ceremonias religiosas quemaban también ante sus ídolos, á manera de incienso.

La novedad agradó á los españoles, y á pesar de las cortapisas con que se le quiso atajar, el uso del tabaco no tardó en introducirse en sus costumbres.

Hernán Cortés envió en 1519 algunas matas de la planta á Carlos V, que, según parece, no hizo gran caso de ellas. ¡Tenía tantas otras cosas en qué pensar el bueno del rey-emperador!

En 1561, Juan Nicot, embajador de Francia en Lisboa, habiendo recibido de un colono holandés algunas semillas, las regaló á Catalina de Médicis, que era muy devota del tabaco, al cual atribuía virtudes sin cuento. De Nicot le viene á la famosa planta el nombre de *Nicotiana Tabaco*, con que muchos años después la bautizó el botánico Linneo.

El tabaco ha sido llamado también *hierba regia*, *hierba del diablo*, *hierba santa*... y otras hierbas. La etimología de la palabra *tabaco* debe indudablemente buscarse en Tabasco ó Tabago, lugares de América en donde se le vió arder por primera vez.

Su uso ha sufrido alternativas bastante curiosas.

Al principio sólo los muy... despreocupa-

dos se atrevían con él. Fumar parecía cosa feísima, y era tenido por un perfecto grosero el que se entregaba en público á esa práctica.

Pero, poco á poco, las ideas sobre la materia fueron evolucionando; la gente de categoría comenzó á tomarle gusto al tabaco; Santa Cruz y Torna Buona, ilustres cardenales, se convirtieron en paladines suyos en Italia; el almirante Drake lo llevó en 1520 á Inglaterra, y ya no hubo quien no considerase el fumar como la cosa más *chic* de aquellos tiempos.

Generalizóse la moda, y el uso se trocó de tal manera en abuso, que el papa Urbano VIII se vió obligado en 1624 á publicar una bula prohibiendo el uso del tabaco *en las iglesias*. ¡A ese extremo había llegado el desahogo de los aficionados!

Al año siguiente, el sultán Amurates IV fué aún más allá. Cargado hasta el turbante al enterarse de que sus súbditos habían adquirido el feo hábito de tomar rapé, cortó por lo sano y lisa y llanamente prohibió la innovación bajo *pena de muerte*.

Pero ¡ay!: á pesar de la orden de Amurates, de la bula del papa, de las tentativas del rey Jacobo, de las campañas de Luis XIV, del edicto de Isabel y de todos los anatemas que contra el tabaco se lanzaron, la gente continuó y continúa fumando y tomando rapé, y burlándose de los que pretenden que el tabaco es uno de los más pérfidos enemigos del hombre.

¿Tendrá la Arrendataria más *fortuna* con sus aumentos de tarifas que aquellos ilustres varones con sus enérgicos decretos?

Sería ultragracioso que lo que no consiguieron nunca las intimaciones á la conciencia y á la razón, lo alcanzase hoy un ataque al bolsillo.

GLEANER



Los únicos que todavía van tirando

Miscelánea

Dos rateros, que no se conocían, se encontraron en un paseo, y hallándose el uno distraído, notó que el otro le metía la mano en el bolsillo.

—Haces mal en robarme, le dijo, porque soy de tu oficio y no tengo dinero.

—No importa, le repuso el otro: la gente rica está veraneando y hay que ejercitar la mano para cuando vuelva.

El matrimonio es un vaso que se fabrica en tontuna; el marido es el refresco, y la mujer el azúcar.

La suegra es magnesia basta, ó mejor dicho, una purga, que se mezcla en el brebaje sin marchar al fondo nunca.

La cucharilla es el tiempo y éste, con paciencia suma, mueve con tesón el líquido y promueve mil angustias.

La Parca bebe de un trago toda la pócima junta: y esposo, mujer y suegra digiere en la sepultura.

Charada

—¡Mi querido don Julián!
 —¡Mi querido don Senén!
 —Tengo en mi *prima segunda*, regalada por Inés, una magnífica *todo...*
 —¡Una *todo* tiene usted! Pues yo en mi *tercia segunda* la mía le enseñaré, mi mujer la *dos primera* (que es lo mismo que *dos tres*), siempre que yo se la pido.
 —Pues mañana la veré...
 Hasta luego, don Julián.
 —Hasta luego, don Senén...

MORENO

Cuadrado

```

* * * * *
* * * * *
* * * * *
* * * * *
* * * * *
    
```

Substituir las estrellitas por letras, que, leído horizontal y verticalmente, expresen: 1.º, título de nobleza; 2.º, famoso poeta; 3.º, nombre de varón; 4.º, autor dramático; y 5.º, especie de rosal de la India.

A. ARROYO MANJÓN

Logogrifo numérico

1 2 3 4 5 6 7.—Nombre de mujer.
 1 7 6 4 6 2.—Objeto.
 2 6 7 5 2.—Nombre de mujer.
 5 4 5 2.—Flor.
 2 5 2.—En los sombreros.
 5 2.—Nota musical.
 3.—Consonante.

GUIHOUSE

Jeroglífico comprimido

RA QUE

JOSÉ MALED

Soluciones á lo insertado en el número 489:

CHARADA.—Corbata.

ROMBO.—

G
 H O Z
 G O M E Z
 Z E A
 Z

FUGA DE VOCALES.—

Para que entendiese el hombre lo que debe ser la Gloria, hizo Dios del mismo Cielo á la mujer española.

DOTRES

SALTO DE CABALLO.—

Te he de comparar al sol por tu conducta gitana, que el sol con gustar á todos nos hace bajar la cara.

J. E. DOTRES

Correspondencia

Lu-Lu.—Ha escogido usted un pseudónimo que sería poético si lo emplease una mujer; para usted resulta demasiado... demasiado esteta. Porque es bonito... y ya ve usted, ¡cuando á un hombre le llaman bonito!

F. G. H.—¡Qué quiere usted que le diga! Jamás he creído yo en la ciencia infusa, sobre todo si la *explota* un aprendiz de boticario.

Estoqueador.—¡*Sarasa!* ¡cuánto hule!

L. D. N.—Poemita. ¡Válgame el poemita!

«Entré en la huerta de Rosario un día ¿y qué diréis que vería?

Pues vi á la simpatiquísima Rosario pasando un rosario con un sacristán de la sacristía yo dije:—¡vade retro!

Para ver estas cosas hay que traerse un metro.»

Para verlas sí, pero para oirlas... para oirlas lo que

Hay que traerse es una *tranca*, ¡y qué tranca!, de roble.

Ve-Ge-Tal.—Eso, vegete usted. Cuando un hombre se parece á un burro de una manera tan decidida y franca, pues... pues, decidida y francamente, como no es práctico aconsejarle que se *amorre* al establo, lo mejor es decirle eso, que vegete.

S. H.—Empieza usted diciendo: «la mujer es un animal raro...» Y ¿cómo quiere que me haga yo cómplice de usted? Precisamente, á mí, me han cautivado siempre las damas, y soy muy galante con ellas. Soy capaz, por defender su partido, de decirle... de decirle... el raro es usted.

Palanteólogo.—¿Latín? ¿A usted se le figura que el latín, idioma muerto, lo entienden los vivos? Una prueba: Usted no ha muerto todavía, y yo le deseo larga existencia, y, sin embargo, ni usted mismo entiende esta frase:

«per ila ixnóbis sulam»

¿Qué es eso? ¿Latín prehistórico?

El español.—Le felicito, por las ventajas conseguidas.

T. M.—Se publicará, ¡vaya si se publicará, á pesar de sus distingos, y mientras Luján sea director, pese á quien pese! Lo repito: ¡Se publicará!

Aniquelown.—¡Pa... rusia Turquía!

S. G. D.—Muy bien, pero muy bien.

A. H.—Soneto, sí, señor, soneto.

«El árbol de la ciencia es ciencia honda, ciencia que nadie me dirá no es ciencia porque al fin y al cabo la conciencia es un fruto que se monda.

Diré que el mundo á la redonda está todo él en convalecencia, y huir de Dios uno la presencia es justo, puesto que la sonda...»

Francamente, creo que basta y sobra para copiar disparates.

R. N. D.—Se publicará.

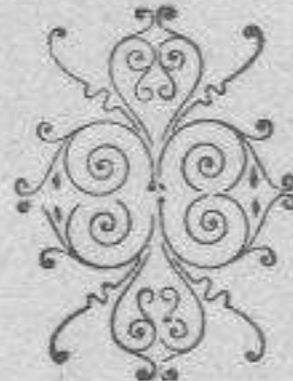
CLAK

Prohibida la reproducción de los originales de este número.

CRÈME SIMON

à la glycérine

POUDRE
DE RIZ SIMON



SAVON
A LA CRÈME SIMON

Maravillosos para la

TOILETTE DIARIA

Preservan el rostro de las influencias del FRÍO, del SOL, ó del aire del MAR. Blanquean y suavizan divinamente el cutis

J. SIMON ↔ 13, Rue Grange-Batelière, 13 ↔ PARIS

LA SAETA

Semanario ilustrado

FUNDADOR D. PEDRO MOTILBA

TODA LA CORRESPONDENCIA Á HEREDERA DE PEDRO MOTILBA Y C.^a

Rambla del Centro, kiosco número 3

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España y Portugal, semestre.	6 pesetas.
Año.	11 »
Extranjero y Ultramar, un año.	17 »
Número corriente, 25 céntimos.	

Número atrasado, 30 céntimos.

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes.—Pago adelantado.

Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba y las inyecciones. Cura los flujos en

48 HORAS



Muy eficaz en las enfermedades de la vejiga: Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Capsula lleva el nombre



PARIS, 8, rue Violonne, y en las principales Farmacias.



LA SAETA



20 cénts.

Núm. 491

